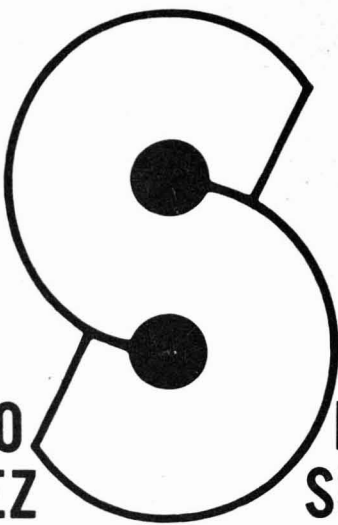




SERGIO FERNANDEZ EGUNDO SUEÑO

I

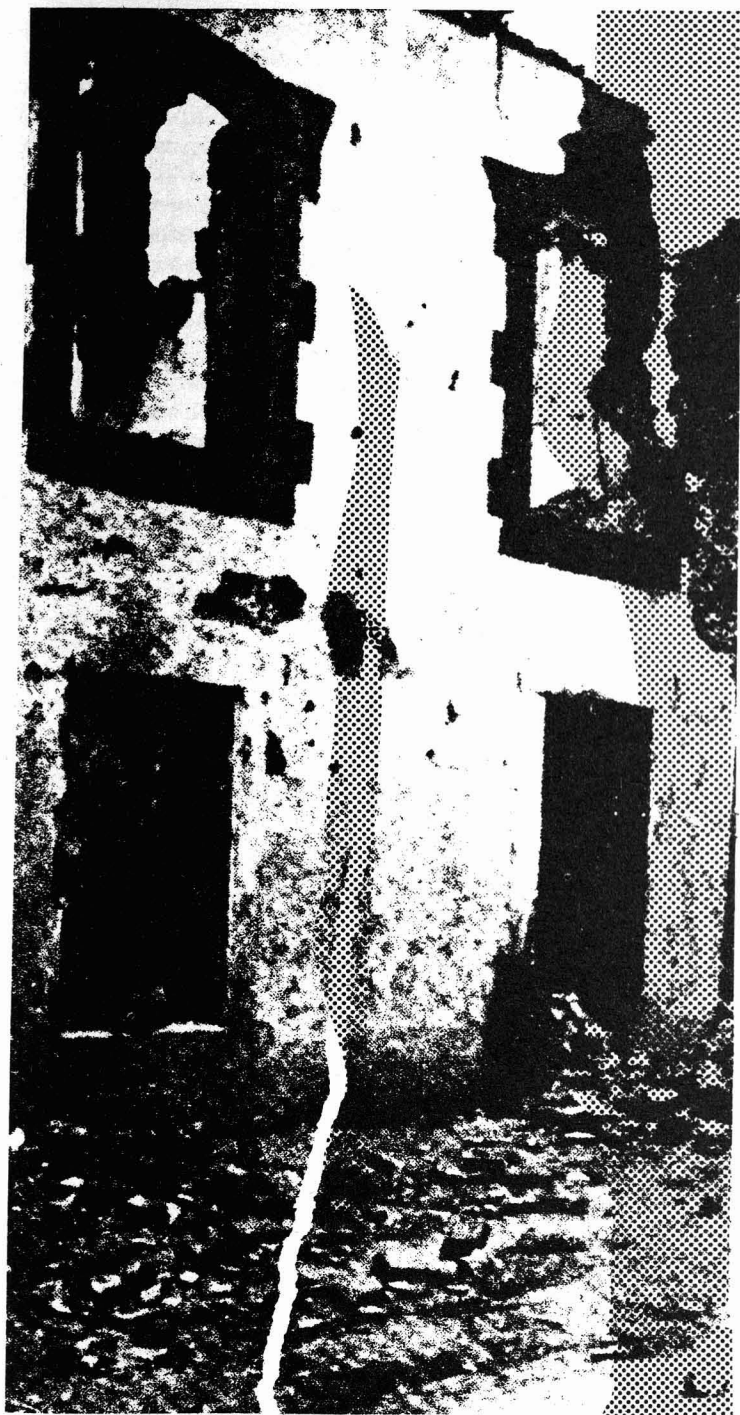
Vamos, vamos, desesperázate, levántate. ¿No ves que son las diez de la mañana? ¡Hay tantas cosas que te esperan! Ya que me abandonaste, siquiera que no me defraudes. Vamos, vamos. Mira que, si no, te haré cosquillas en los pies o habrá unas graciosas bofetadas. Cariño, son las diez. ¡Ah!, si no fueras mi hijo también te diría que por otras razones, las de una intimidad que no nos impusieron, sino la que elegimos, tú y yo pensamos con frases semejantes y sentimos en apartes teatrales. Siempre espero una mayor felicidad que la que poseo habitualmente, ambición justa, ¿no lo crees? Aun cuando la que me asiste no sea poca; sí, a pesar de que me dejaste por un viaje sofrenado y oscuro. En fin, a lo hecho pecho. Pero ¿no te parece que la cantidad que uno recibe a lo largo de la vida no es fija, que no permanece estacionada porque los ritmos cambian? ¿Que a qué me refiero? A la felicidad, naturalmente. Mira: puede volverse un síntoma de lirificación creciente y entonces ¡oh banalidad! los mares, el cielo, las rocas, los libros que intentas escribir, una ciudad traicionada por Hitler o un síntoma cualquiera, el más ínfimo, parecen sólo contener el dolor. Pero la felicidad nunca será mayor, encanto, que la que podamos tener entre las manos sin derramarla o contaminarla con el polvo de unas tradiciones bastante más antiguas. Eres muy terco. Con mis consejos no hago sino contrariarte, humillándome al propio tiempo. Muchos malentendidos tuvimos a costa de este viaje, bien lo sabes. Y sin embargo — ¡necia! — insisto por tu propio provecho pues en Alemania te encontrarás con la fatalidad a pesar de que tu dicha, como la mía, tenga la obligación de acrecentarse permanentemente. No te traiciones. Tu arcano mayor, el XII, por supuesto, es terrible cuando está de cabeza. En la adivinación está figurado por un hombre suspendido por un pie de una horca que pende de dos árboles, cada uno de los cuales muestra, cortadas, seis ramas. El colgado tiene atadas las manos, formando con ellas y los brazos un triángulo con un vértice hacia abajo, arriba del cual una de las piernas, doblada sobre la otra, forma una cruz. De las manos caen al suelo monedas de oro. Es el signo de una muerte violenta, que viene por accidente, o que se recibe en expiación de un crimen; o bien se acepta voluntariamente por amor heroico a la verdad y a la justicia, si llega a estar al derecho, como es natural. Ya te diré lo que significa lo demás; si no me crees al menos te diviertes. Por lo pronto sabe que los martirios se desparraman sin medida entre tonos muy oscuros del púrpura. No tienes necesidad de provocarlos pues piscis es, en el zodíaco, la sublimidad, el arte. El peligro es la contradicción, la dualidad, la puñalada por la espalda. ¿A qué correr hacia tales lugares por tu voluntad? No estés triste porque pronto saldrás de tu vacío: otra Piedad Livada, otro Hugo te llevarán a esos estremecimientos emotivos tan pasados de moda, ya sean victorias

o fracasos. Por algo dices que te abandonaron pero ¿no serás tú quien, para justificar tu universo, los dejó? Me dirás afectada, ya lo sé, o enredosa, pero no exagero: tu universo, digo, y digo bien. Pero si mis recomendaciones te dañan, olvídalas; olvídamme y levántate. Al fin y al cabo te has reído siempre de que crea en la baraja. ¿No ves que son las diez de la mañana?

Abro las persianas y me quedo paralizado, con una sensación que me coloca entre la habitación de un hotel de segunda y algo indefinible —el más allá, dirían mi madre o sus amigos—; entre mi calor animal y un horizonte que ensanchándose logra amoldarse al infinito. Por eso me froto los ojos pues hoy, más que otras veces, me siento inacabado, lo cual pudiera ser mentira. Haber paseado por uno de estos bosques de Colonia, cuya coherencia sólo tendrá cabida cuando ya no esté aquí, me estimula, me limpia; también me intranquiliza. Haber caminado contemplando la paradoja aguda que ofrecen los árboles y el cielo es saludar y decir adiós, al propio tiempo, a lo que esta ciudad es para mí: a lo que ha sido siempre sin que lo pueda asimilar ya que no lo conozco plenamente aún, pero, de saberlo, tampoco lo podría descifrar. Desde ahora siento que sobro, que estorbo; que hago falta también para establecer alguna maldita ley de la justicia, chivo expiatorio, siempre como soy. La idea de vagar ayer recién desempacado, me da la impresión de que me consagro a mí mismo con predilección, pese a que por ciego, sí, por ciego, organizo en mi contra mediocres intrigas que me impedirán de inmediato hablar con el decano, arreglar las fechas de mi curso e irme de aquí para volver a darlo a su debido tiempo y no ahora cuando me digo que esta vez mi madre no tiene la razón. ¡Al diablo sus demonios y la fatalidad! Me da igual su correspondencia o sus murmullos a distancia plagados de consejos; igual que acierte o se equivoque. Lo lamentable es que encuentre el resquicio para entrar donde me halle, despierto, dormido, mal humorado, alegre, solo, acompañado, nostálgico siempre, dando portazos si me contradicen pues tienes el espíritu azul y el cuerpo rojo, que te vuelve irritable. No lo invento: son los chinos, su cultura cromática. No eres tú el único que sabe apreciar, querido, los colores. Se necesita un equilibrio (ya ves que no todo es el Tarot) y he de mandarte la receta, sencilla pero rigurosísima, litros y litros de agua con una cierta pigmentación. Toma un diario, ya verás. Rigurosa, claro, como lo que miro a través de la ventana del hotel, un cielo en el cual todo es libre para mi vuelo, a pesar del recuerdo de Piedad y de Hugo; de la melancolía que tiñe mi alma de cobalto; de que en Colonia presiento que estorbo.

Haber recorrido las veredas de un bosque antes de conocer, como cualquier turista, la Catedral, es sintomático, pero no sé de qué. Sentí a lo vivo que en él no hay ya irritabilidades ni injusticias porque si exceptúo la humedad almacenada del invierno que acaba de pasar, no parece que otra sensibilidad tenga cabida

Sergio Fernández ■ *Se trata del primer capítulo de La lluvia, parte primera de Segundo sueño, novela que tiene, además, otras divisiones: "La nieve", "El lodo" y "Una reiteración: la lluvia, la nieve, el lodo". Se publicará próximamente en "Nueva Narrativa hispánica", editorial J. Mortiz. México, D. F.*



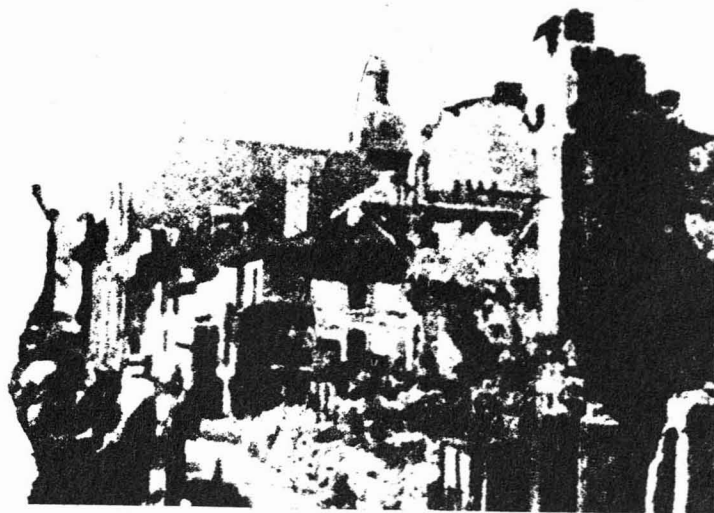
alguna. Todo se queda fuera, aun la última guerra; fuera del mundo de los hombres. Por eso los que pasean, como yo, acaso no lo son. Alemania se levanta con rapidez, pienso, dejándome indiferente su progreso, pero ¿cómo es posible? El número de asalariados crece constantemente. También los intereses políticos y económicos de los empresarios industriales representados por la BDI, que integra federaciones centrales cada vez más poderosas, ya ve usted. Quédese, quédese entre nosotros para que nos entienda. Un joven como pocos, tan inteligente, Ich habe es Julio gesagt. ¿Quiere una taza de café? Yo misma lo preparo: es excelente. Lo que importa para los árboles del bosque seguramente tiene que ver conmigo estando, como estoy, esparcido sobre elementos inestables, en fuga. Hay algo de educado en la maraña de sus ramas; algo que no obstante no me acaricia sino más bien me dice que este país no es para mí como si, aunado a mi madre, fuera de ella su aliado. ¿No lo ves?, 'amásate con tizne, disfrázate', pronto, lo cual significa que deberé regresar, si acaso, mucho después, más cruel o más benigno, ya sin premoniciones o sin tutela maternal ninguna: dueño de mí. Pero huí, más que vine, de mi desmoronada pareja de amantes; esa, y no otra, es la verdad. A Hugo lo acusé de algo poderosamente tangible: pánico a su mujer. ¿De qué le sirve ser inteligente? A Piedad, de ser siempre la misma por no querer crecer y tener mecanismos de niña o de niño: para el caso es igual. Sentadita, allí, con las piernas cruzadas, el cigarro en los labios y la cuba libre entre las manos, tuviéramos o no gente a cenar. Yo, pensar en el menú; yo, alquilar al mesero; yo, limpie usted aquí. Gloria, lave las escaleras. ¡Ah! ¿De qué me sirvió la pareja? Más altura que vuelo, pienso: puras palabras, vanas. Pero el conjunto —si es que los dos estuvieron para mí segregados— se desvaneció ayer voluntariosamente por el bosque pues se trata, creo, del proceso mismo de las cosas, que reaparece después en el hotel en el que estoy sin conocer, más que muy de pasada, esta ciudad destruida por los bombardeos americanos pues dices bien, amada, Hitler, como a todas las otras, la traicionó. Pero Colonia, como gran parte de Alemania, tiene el sello de lo imperfecto: su dosis de felicidad se halla por los suelos aunque aspiraciones para la reconquista no le falten. No necesito vivirla para olfatearla, ya; para saber que se metió a practicar una doctrina ineficaz: la de arrasar con lo propio y lo ajeno. Al fin y al cabo, ¿no se asignó la obligación de redimir al mundo por medio de lo exacto, de lo férreo, armando al ejército con el dinero del pueblo? Ya ve usted, tantas trampas: Hitler no es sólo lo que todos sabemos, también es un ladrón. ¿Conoce la estafa de la empresa Volkswagen en sus tiempos? Les pidió a los obreros y a todo honrado ciudadano, un anticipo para la adquisición de un coche, unos cuantos marcos que se irían descontando del salario. Los obligó a firmar un contrato y luego les dio con la puerta en las narices. Una cuantiosa estafa. Pero era la única forma de reunir dinero para el acondicionamiento

bélico. Es usted muy tímido, ¿por qué se tardó tanto tiempo en visitarnos? Alemania, pienso, es exacta, como lo será la lluvia de noviembre que de cuando en cuando (como ahora en abril) dejará asomar la cornamenta de los ciervos.

Me pregunto entonces, para que no me lo reclames, amada, qué puede uno ambicionar en una sola existencia, en una sola. ¿Una madre obsesionada por el Tarot egipcio, fanática de la astrología, de alquimias indescifrables que, de tanto en tanto, asiste también a alguna sesión espiritista? ¿Una madre sagaz, proclive, culta, pose-siva, a quien a los cinco años de casada abandonó el marido supliéndolo conmigo? ¿Un hijo que yo deseo tener íntimamente, mansamente, para evitar la soledad? ¿Estar convidado a dar en Colonia un curso de arte mexicano? ¿Perseguir entretanto un doctorado escribiendo la vida de un pintor alemán? ¿Ganar otros amantes que sustituyan a Hugo y a Piedad, siempre, como destino, una mujer y un hombre entrelazados? ¡Ah, pequeñín, cómo

exageras siempre! No es saludable, aduzcas lo que aduzcas. Ya te he dicho que tu exceso de sensibilidad te lleva a la falla de tu selección. Porque muy poca cosa es la existencia confrontada a lo que ella misma es, al dinamismo de su elaboración. Ahora, de ella, tengo un puñado de negaciones y memorias; unos cuantos ciervos también, contradictorios porque o son muchos o es uno, desdo-blado, multiplicado en todos los puntos en donde afoco la mirada. Las patas pisan pedazos verdes, azules, que se transforman cuando los toca el pensamiento. Así cambió Altner su realidad, con unas cuantas pinceladas; así cambio y cambiaré la suya yo, al mirar sus cuadros, en forma inevitable, construyéndolos y destruyéndolos parte por parte. ¿Cuál es el fundamento de su arte? Ya los tratados anteriores a él, en Italia, lo indicaron. Supo triturar, moler, encolar, aparejar, limpiar, poner el bol, dorar, bruñir, templar, extender, desempolvar, raspar, granear, recortar, adornar, barnizar la tabla o el retablo. Las próximas medallas las haré sobre





modelos labrados en boj o en piedras blandas. Ven Gertrude, para que te distraigas: una vez sacado este molde, y con él fundidas las piezas de bronce, tengo que volver a la obra para depurar a cincel las pruebas sacadas del original. Luego hago la labor directa de escultura, ¿entiendes o te lo explico de otro modo? ¡Eres tan pequeñito, aún!

He venido a verlo precisamente a él, ya que sólo lo conozco en reproducciones. Así hará conmigo una curiosa práctica: la que incluiría en mi provecho, al yo escribir su vida, todo un mundo, no exactamente riguroso, como lo es esta mañana de un mes cualquiera, que tengo que inventar: por ejemplo, ya lo dije, abril.

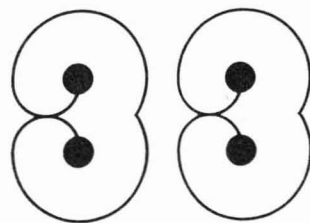
Acaso me convenga, para completar el conjunto, advertir que el bosque determina a medias un paseo como el mío o lo que por dentro sentí al darlo, mantenido en mí mismo de una manera equívoca. Respiré en lo profundo, recién nacido, hasta el estómago, húmedo, feliz. ¡Qué éxito borrar a Hugo y a Piedad si considerara que existen por separado o juntos! ¡Qué éxito si en serio creyera que no existen! Al caminar me subí las solapas de la gabardina pues el invierno no se va aún. Luego me froté las orejas o estornudé: es igual. Un grupo de estudiantes me vio sin ninguna curiosidad, con ojos que podrían no considerar la vida humana, de los que llamaré de vidrio, ciertos, si son ciertos los ojos de los muchachos que viven en Colonia. Ellos no fueron cómplices de la disimilación, como los padres; ignoran el eufemismo destinado a encubrir la progresiva exclusión de los judíos a partir de la vida del pueblo. No sé si los percibí directamente o deduje sus cuerpos del cuerpo de la niebla, repitiéndome que soy un hombre libre aún en esta vida de orígenes diversos y nada convincente. Me dije también que la razón de ser del bosque es su historia —bombas, cañonazos, cadáveres— a la que yo añadiré una más: la que por derecho me está deparada en Alemania. Pasan otra vez jugando con un balón que de repente se volvió improvisado, plagario de una realidad datilada, verde, azul, relieves que son oportunos, como los que adornan los cofres y maletas. A propósito, Alana, ¿está ya listo mi equipaje? Me llevaré a Gertrude, pero no te inquietes; volvemos de Maguncia en quince días. De pronto me he quedado solo, perdida toda risotada. Ningún ciervo (de los que especialmente se cuidan para repoblar el ganado) aparece: escasean, se convierten en excepcionales. Son una invitación para vivir, como yo o el heno de una rama cualquiera. Aquí vendré después de mi viaje a Venecia; aquí regresaré para regar mis piezas y recogerlas muy a medias cuando de mi madre haya sido la victoria.

Algunas preguntas se me antojan: ¿cuándo me llegará por carta la noticia de que Cristina ha muerto? ¿Cuándo sabré que el hermano de Karl, de un Karl Eimar a quien no conozco todavía sigue peor y peor pues desde que estuviste con nosotros —¿quién lo creyera, ya dos años!— los médicos lo desahuciaron? Me pregunta por ti, algunas veces. Tu visita fue inolvidable. Lástima

que yo fuera tan torpe. ¿Me perdonarás alguna vez?

Es absurdo, lo sé, equiparar al arte con la vida. Por eso en vano rastrearé con el pretexto que yo mismo soy investigando en la pintura de Altner: en *El duque de Alava*, por ejemplo. O en el *Tríptico de la Virgen*, de tres alas: ya como parte de una inmensa calumnia, ya como visitante del Limbo, ya como moribunda, cuyos pómulos ofrecen la reciedumbre de una higuera vieja. En vano, pienso. Porque, al ser lo mismo, arte y vida me entregan diferentes verdades o verdades iguales a alturas diferentes que marean y confunden cuando se las confronta. Ninguno de los cuadros, en el próximo invierno, me aclarará lo que aquí he venido a experimentar. ¿O tal vez sí? Tablas preparadas con huesos calcinados, más blancos que ceniza, molidos posteriormente sobre pórfido. No, no me aclararán nada. No podrían hacerlo porque no conocen mi drama y mi comedia. En todo caso habrán de compartirme como lo hacen insistente, tercamente, Piedad y Hugo Ribera, tan ufano de su apellido. Pero yo los perseguiré en el museo y en la Catedral seduciéndolos para que algo me digan de la realidad del cuarto que alquilaré a la matrona Sita Simmel; o la de mi espera en este hotel para ponerme en contacto con el decano del Seminario de Arte que en Colonia confirmará, de pronto, mi mutilación. Pues las sensaciones que cargo no es cierto que sean libres; más bien parecieran ser parte de una muy honorable borrachera moral a la que de algún modo me someto. Respiro. Entre los árboles el aire humedecido dejó ayer de soplar; en cambio se acentuó la neblina de modo que me fue difícil localizar un tronco o saber que lo era. Qué circuito el de tanta y tanta indecisión, que medita sin sujeción alguna; que flota, pero no persevera.

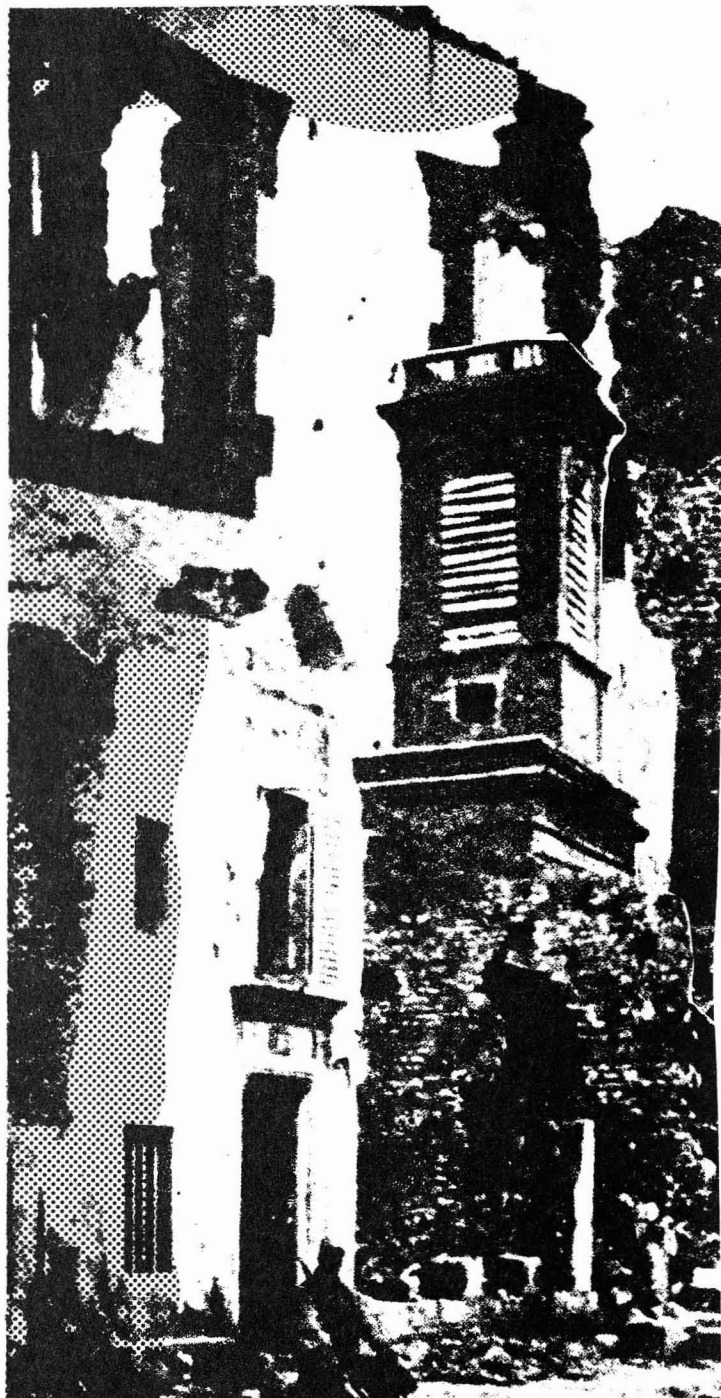
De nuevo aparecen los ciervos, sin eje, burlones, pues a distancia con los cuernos enganchan las ramas de modo que el bastidor con listones o cuerdas sostiene la carga que se mueve así, así, disipada, insistiendo como pulimentándose con polvos de gibia. Tu dirías amada, que al llegar a Colonia entraré en un reflejo, en una correspondencia de una vida anterior. Si te creyera, si te tomara en serio, ¿en qué sitio habré de recargar mis fraudes o las rojas iras de mi cuerpo, ay, tan puras que no tienen remedio? La felicidad no permanece porque los ritmos cambian. Mira cómo estás desgredado; déjame peinarte como a mí me gusta: con fleco, un verdadero pajecito. Pero no gastes tiempo en escribirme. Dedícaselo a Piedad, que te robó la correspondencia de Hugo no para hacerte daño y difamarte, qué va, sino porque le encanta la literatura y tú no escribes mal; o a Hugo, cuya pasión tan delicada fue que siempre la tuvo metida en un proceso de inutilidad, qué ridículo. Ninguno de los dos —ni Hugo ni yo— tuvo la culpa: nos obstruimos, nos deformamos de tanto platicarnos. Yo le seguí los pasos, fascinado con nuestra mutua destrucción, mínima si la confronto a la de Colonia, tan bárbaramente dañada o igual, en

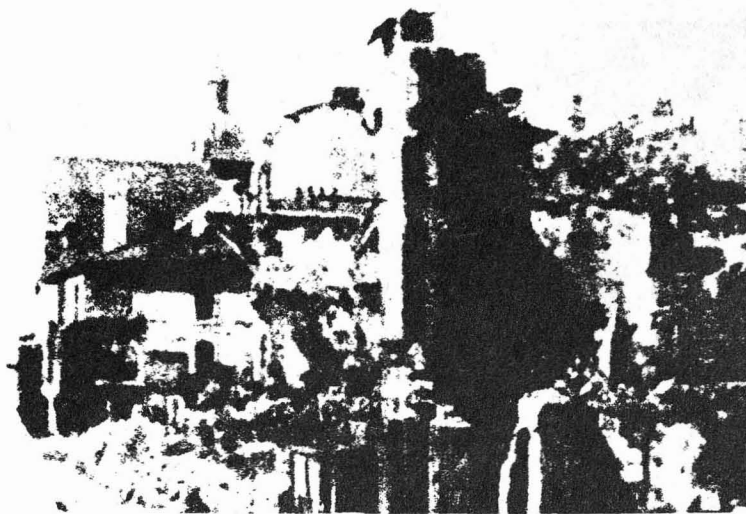


relación, a nosotros. ¡Ah! Sólo pudo ser ciudadano, sin atender a su confesión, quien era Volksgenosse, usted sabe, la más pura sangre alemana. Le confieso que no quisiera hablar de estos asuntos. Es horrible, Ich habe es Julio gesagt. Pero aún no nos es indiferente el programa oficial del Deutsche Arbeiterpartei. Por eso Colonia y yo nos identificamos: ambos seremos ciudades por reconstruir, una vez pasado lo que pasó o habrá de acontecer. Más que lugares apuntalados para poder vivir, somos lo restante de una manifestación corpórea, a medias digna, por las ruinas. Justamente ayer, al bajar del tren, supe que viviré sobre formas sensibles que no existen más, lo cual me contagia de fantasmas que no me pertenecen. ¿Dónde, si no bajo los pies, queda la ciudad gótica y la otra, la otra, cuna y asiento del arte de Altner? ¿Será debido al ajeteo de las grúas que destruyen, amén del acarreo del cascajo, que no he de precisar la fecha en que llego directamente de Amsterdam o de Londres quizás? Ya desde ahora se presiente que Colonia habrá de parecerse a una Dallas cualquiera a pesar de la Catedral donde se oyen murmullos en sus naves: lo mismo de Brentano y de la condesa que lo inició en el ateísmo (vientos, acaso, que provienen del Rhin) que de la última guerra, aunque ninguno sepa ya qué son los campos de concentración ni por qué fueron enviados, antes que los judíos, millares de socialistas y de comunistas. Wir leiden unter kollektiven Gedächtnisschwund, nicht wahr, Julio?

Mi curso en la Universidad no me ofrece problemas: durante el verano, y aun antes, habré de repasarlo en Venecia, donde me acostaré con Pia en su propia casa, donde vive con el marido. En cambio me preocupa la manía de escribir cuanto me pasa porque me ocurre poco y ¿qué libro de memorias, tal como lo deseo, no contendrá noticias verdaderas o falsas pero siempre importantes? Decir que Piedad me dejó cuando me supo amante de su primo, o que fue Hugo quien me rechazó por no decidirme a abandonarla, ni son una feroz certeza ni una enfermedad lo suficientemente sagrada para que valga como materia de recuento. Sí en cambio el que no sepa por qué la gente, aplicando el criterio adecuado, el idéntico, me deja un día aun cuando sé, amada, que tú lo investigarás con tu Tarot y me lo dirás con los medios acostumbrados. ¿Será posible escribir en mis memorias que no compruebo nada, que nunca me convence algo manifiesto que me proporcione, al menos, ápices transitorios de realidad?

Podría, al redactar, que esta mañana llueve a cántaros, aunque taimadamente, por grados, de modo que el estilete dibuja sobre los vidrios un tac, tac, tac, que apenas uno mismo percibe apretando con los ojos los trazos, volviendo sobre ellos y dibujando, también, sus sombras. El agua corre sobre la acera que contemplo, resignada porque se le encomiendan, sin que logre evitarlo, papeles que nunca escapan al llanto o a la desolación. Podría decir, por el contrario, que brilla el sol o que es de noche y que la luna es





nueva; que lo oscuro se aprieta en los extremos y que yo insisto en ellos, pero que hago caso omiso de cualquier relieve. Pero opto por la lluvia y subrayo incluso que aquí llueve con método ya que la disciplina de Alemania se apodera de la naturaleza, de los objetos, de los hombres que trabajan taladrando las calles, fatiga o no fatiga de por medio. Se trata de un impulso concentrado, aparentemente racional, de modo que el culto por lo exacto llega hasta lo sensible, hasta lo intuitivo y los arrasa porque las gotas, ya con premura, ya sin prisa, condenan la espontaneidad. Como he llegado hace unas cuantas horas el juicio se invalida, lo sé. ¿Qué lata con estos extranjeros que hablan de los países antes, en o después de visitarlos pero siempre fuera de cálculo, equivocados aunque penetrantes! ¡Humm, cariño! ¿Qué más te da cuando tú mismo dices que nada compruebas del todo? Afirma de Colonia lo que te dé la gana, a la española, y nada más. ¿Por qué demonios no? Despójate de tus timideces, anda. Me estremezco. Medito. Debido a su fuerza, a sus impertinencias, también, plagio a mi madre, la robo; la asesino después para que nunca me delate. Pero una vez escondido el cadáver habré de confesar el disgusto profundo que me causa la lluvia; aclararé que me horrorizan la nieve y el frío o cuando la luz, tan moderada es, que envicia en su trayecto imaginario. ¿Será por eso que los elijo siempre dondequiera que estén?

Si tuviera a la mano un papel escribiría que me siento cerrado a toda clase de revelación. Pero ¿dónde caerá la frase? ¿En mis memorias o en la biografía que de Lucius Altner he de hacer? Quizás fuera mejor decir cosas concretas; cosas que ocurren ya. La carta que me acredita (éste sería el ejemplo) se me ha quedado en el bolsillo porque los profesores están de vacaciones. O: es mentira. Se ocupan de sus cursos, pero de algún modo me quieren evitar. Se me ha dicho que el decano, un tal Edmund Rottluff, se halla fuera de aquí. Agregaría que estar varado no es lo peor sino que él, en Berlín, a través del oficioso, del estúpido de Alvaro Medina me ha hecho venir con una innecesaria anticipación, pero pudiera ser que Alvaro, por razones que ignoro, inventara la invitación. ¿Qué hago entonces en el país?

Para sacudirme el fantasma puedo aprovechar estos días visitando el Wallraf-Richartz-Museum donde (además de en la nave izquierda de la Catedral) se encuentra la obra de Altner. La pensión de mi madre me basta, he de decirlo con franqueza: su niño, su niño muy pequeño aún depende de ella pero los marcos del Seminario no me irán mal. Rottluff no volverá, según habrá de decirme hoy mismo la secretaria, sino diez días después. ¿Qué rigor en mis datos, qué exactitud! Pero ¿tengo alguna premura si los cursos comienzan a fin de año? Se ríe con displicencia. No sé si escucho bien: se abrirán en octubre o noviembre, cuando no cesa de llover al modo de los miniaturistas, mezclando los colores con clara de huevo, batida y líquida. Entonces, como ahora, miraré a

través de la ventana, lo cual es apoderarse de la demencia de Colonia, salida de su profundo tedio, a pesar de su resurgimiento económico: millones invertidos en fábricas, en la red de ferrocarriles, de los que más de siete corresponden a los destrozos causados por la guerra y a las necesidades generales de recuperación, nicht wahr, Julio? Se ha electrificado, hasta ahora, el diez por ciento de los Ferrocarriles Federales, lo cual ignoraré hasta que Sonia Fontana me lo diga comiendo rosquillas frente a su marido. Pero no hay anticipación; no hay retraso posible. Y entonces ¿qué es lo que hay? Si deseo esperar a Edmund Rottluff la secretaria me ofrece alojamiento en una casa para estudiantes, una mansión ¿qué sé yo el nombre en alemán! en la que se vive con muy poco dinero, so let me know, will you? Puede ser divertido para mí, que paso de los treinta aunque no lo parezca. Al fin y al cabo la impresión que me hará la ciudad habrá de aislarme sin que me importe ninguna clase de comodidad, diré mintiendo en mis memorias. Y pienso en irme, ya, a Venecia, la que desata mi melancolía y mi lujuria; el único sitio que ve las cosas como son en la vida: duales, al revés y ¿por qué no decirlo? desesperadamente inventadas. ¿Qué puede haber más bello, más clandestino también que ese caracol encallado en las ciénegas, ese molusco enfermo que se llama Venecia?

Son ya las diez de la mañana. Las diez y un poco más. Me visto y sin bañarme salgo. Recorro algunas calles que por nada saber de mis pasiones están muy lejos de la hoquedad que me dibuja con lápiz de plomo sobre un papel de cera. Un poco de estaño, batido a martillo, completa la sustancia. Deseos de sensaciones, más que sensaciones, surgen de lo que observo: Heumarkt, la ladera del Rhin; Schildergasse; ruinas, construcciones. Colonia jamás se abrirá para mí. Retraerá sus músculos dolidos como si así le fuera posible sanar, aunque por dentro desgarrada. Me rechazará; me odiará y por eso, justamente por eso, floto sin ninguna aleación, sin ninguna armadura que me proteja porque el monto de la felicidad por más que dado aquí en dos encuentros pasajeros —con Gunter y con Karl— habrá huido para siempre de mí. Ahora la situación no importa pero a mi regreso —si es que alguna vez salí; si es que vuelvo, también— mi nostalgia será una forma de apetencia que intentará tragarse todo lo demás, la vida, en suma, que de ella, en otros espacios, se protege. ¿Cuánto tiempo después del nazismo vago entre los escombros que murmuran o gritan que la inercia de todos los desastres tiene una permanente actividad? Surge este espectro por mucho que la voluntad de Alemania se levante para más adelante fincar otros deseos de guerra y una brutalidad disfrazada que me entrega otras cosas: la Catedral, la estación por la que ayer llegué, un comercio activo, iglesias románicas a medias erguidas de entre sus escombros.

De pronto siento una profunda desconfianza conmigo mismo por haber aceptado pasar un invierno en esta ciudad abroquelada,



que habrá de permitirme sucumbir como sucumbieron, dijo Görring, miles de trabajadores descarriados por el marxismo. Lo que ignoro es si mis restos (lo que habrá de mí después de una experiencia así) enlazados a Karl Eimar y a un pintor colonés cumplirán con la sentencia de mi madre, inconsolable, pobrecilla, porque como me ama y lo creativo, querido, es el dolor, debo protegerte exigiéndole que no se aparte de tu lado. Fórmulas, tú sabes, que dan siempre en el clavo: el seis de bastos al derecho, o sea el arte, que jamás te falla, unas cuantas espadas que te hagan sufrir, las que sean, aguijoneándote; las dos cartas junto al arcano IV, cuya función humana es la absorción de las esencias eternas. Tal cosa te deseo. El arcano se llama el soberano, ¿lo sabías? Los remedios naturales son la zarza, el haba, el ajeno, la mostaza silvestre. En el mundo espiritual este misterio expresa la realización perpetua y jerárquica de las virtudes y de las eficiencias contenidas en el ser. En el intelectual, la realización de las ideas por la cuádruple labor de la mente: afirmación, negación, discusión, solución. En el físico, la realización de los actos dirigidos por el conocimiento de la verdad: el amor, la justicia, la fuerza de la voluntad y la actividad de los órganos. Numéricamente, el IV es el resultado de la acción, el fruto del trabajo que simboliza el III, la realización del esfuerzo y el brote de la vida en la existencia como resultado de la unión de las polaridades. También representa lo práctico, lo concreto y por consiguiente lo que tiene forma. Te lo deseo, repito, pero con las espadas: ¿qué más puedes querer?

Pero pese a la premura de la gente hay algo que la confunde con el enamorado ruido de la lluvia, verde, purpúrea, gris, de igual temple, con el color molido dibujado en las casas. Ambas manejan sus deseos en el resultado de una expresión a la que alguien, desde fuera, las somete con disimulo, sin peso, casi sin existencia. La gente y la lluvia, sí: en una modorra, en una alucinación comoda que les impide desconfiar de toda voluntad que no fuera la desconocida que de lo alto —y de lo bajo— mana y que nos mueve. Por eso, acaso por conservar un equilibrio, me siento firme, dueño de mí al contemplar la Catedral destemplada quizás por seguir en pie, arrasado todo lo demás. ¿Qué pensó al oír de la trágica farsa del Reichstag? Pues de hecho pareciera que si la respetó la guerra se debe a que la lucha fue deseada, a que fue cobijada en sus naves; a que por ella tomó partido pues supo que hacerlo, sea como fuere, implica no avergonzarse de vivir. En una de mis primeras asambleas en Dortmund declaré que en el futuro, en Prusia, sólo un hombre cargaría con la responsabilidad y ese hombre era yo. Colonia no oye ya más a Hitler como tampoco la Catedral. Se eleva en un esfumado triángulo pendiente de alguna explicación, de lo que justamente aclare, por no estar ya destruida, su insolencia, su frivolidad o su traición. ¿Es por ser tan pequeño a su lado que piensa en las tuyas? Me desobedeciste, cariño, pero aún es tiempo de que te salves del demonio. ¿En qué piensas

cuando miras el Dom? ¿Recuerdas, por contraste, tus insignificancias? ¿Te pasan por la memoria los colibríes de tu tierra, o los pájaros moscas, aves doradas con huecos negros alrededor de los ojos, o mariposas blancas relucientes, mariposas de fino pelambre, mariposas grandes y multicolores como los vasos de beber...? No lo sabes; lo recuerdas, que es una manera distinta de saber. Pero es como si lo leyeras en voz baja, tal como se halla escrito en la épica mexicana, tan fuertemente de tu predilección. De nada te servirá todo ello si no te vas de aquí. Y ahora déjame hacerte un cariño en la frente; hace aire y te has despeinado, ¿quieres?

Me pregunto qué ha de encadenarme a Colonia y a un invierno en el que alternarán la lluvia y el rostro, medianamente enfermo, de la nieve en la que una tintura pálida se usa: resultado del albayalde sólido amén de nuez de tierra verde y un poco de cinabrio. Tú, amada, dirías que me ata mi bestialidad porque la tienes separada, ay de ti, del espíritu. El loco, pequeñín, el arcano metido en todos los matices vagos de cualquier color y que marca, además, toda clase de delincuencias. Mientras no los fundas, mientras temas lo que por separado existe en ti, te demolerán. Son dos fuerzas jalando a la misma presea en dirección contraria. Sí quedará atrapado deseando escapar con la mañosa idea de escribir un libro de memorias para que tú, amada, lo leas o el hijo que quiero y que tal vez nunca llegue a tener. Si en cambio ensamblara ambas partes, ya unificado, armónico, quizás no requiriera escribir para justificarme en Alemania. Pero fuera de mis asuntos Altner me seguirá obsesionando por correr paralelamente su existencia y la naturaleza de su escasa pintura, en la que el pincel corre ágil como el agua de lluvia de abril o de noviembre por Colonia. Tan desconocida su vida; tan manoseadas, por la crítica de arte, sus tablas y sus telas. Después de escrita una biografía semejante de algo estaría convencido. Y se que al atraparlo, al tomar entre mis brazos su existencia, me abandonaría a mí mismo de tal modo que, suplantándolo, la meta valdría por la derrota: yo quedaría vacío, lleno en cambio de él, que es un problema al propio tiempo de victoria. ¿Tuvo, quizás, una felicidad tasada?

Sin pensarlo, a modo de los vagabundos, camino de la margen del Rhin hasta la Catedral. La gabardina no me libra de tener empapados los pies, las manos, que no vuelan por eso; que al cuerpo se me pegan a pesar de que sopla un viento que en cambio me afecta porque murmura asuntos que me estremecen y me libran. Tal vez sea una parodia, la risa, encanto, que a mí misma me causo cuando te digo cosas tan tremendas; cosas, también, tan reiteradas: dale y dale con la baraja. ¿Qué fastidio es tu madre! Pero lo cierto —y perdonando la franqueza— en que tu fantasía es muy poca cosa para que el demonio en ella se interese. No lo tomes a mal. Lo digo para tu tranquilidad; para que tu timidez no se incomode.

Respiro entonces, aliviado,